

Cuadernillo de Poesía Colombiana

No. 83

CARLOS ARTURO TORRES

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

1867 - 1911

Ediciones de Universidad Pontificia Bolivariana

CARLOS ARTURO TORRES

Por Antonio Gómez Restrepo

En la poesía española hay dos maestros de la poesía filosófica y social, a quienes el Señor Torres rinde merecido homenaje: son Quintana y Núñez de Arce. En los últimos tiempos de exageración de la escuela decadente, ha sido moda entre los partidarios de los nuevos procedimientos artísticos, el afectar desdén por estos poetas, que dieron las notas más altas del lirismo español en las postrimerías de los siglos XVIII y XIX, respectivamente. Pero esta preterición injusta no hará descender un punto del lugar culminante que ocupan, a estos dos egregios artifices de la lengua castellana, que dieron al período poético una rotundidad y una arrogancia desusadas. Quizá ningún poeta europeo de la centuria décimoctava emuló a Quintana en el arranque y brío con que cantó el imperio de la razón, el triunfo de la ciencia, el filosofismo humanitario, todo aquello en que creyó, o con que soñó, la generación educada en las páginas de la *Enciclopedia*. Poesía monocorde, ajena a los sentimientos blandos y suaves, pero grande en su austeridad y sublime cuando la inspiración patriótica pasa por sus recias estrofas, haciéndolas resonar como bosque de encinas sagradas, sacudidas por la tempestad. Núñez de Arce es más humano, está más próximo a nosotros. Sus versos cuentan las angustias de una generación inquieta y atormentada que vacila entre la fe antigua, consoladora de las almas, y la ciencia flamante, que dice a sus adeptos: ¡si creéis en mí, seréis como dioses! Núñez de Arce ve avanzar con terror la ola materialista, engendradora de brutales revoluciones, y quiere, con desesperado esfuerzo, poner en salvo los sacros penates de las creencias cristianas. Sus versos tienen broncíneas vibraciones, pero su timbre metálico se suaviza con los tonos delicados del sentimiento, con el rumor patético de los sollozos.

El Señor Torres no ha imitado a estos maestros, pero tiene de ellos el lenguaje oratorio, el período rotundo, la

viril robustez de los versos. Su obra poética es muy varia, mas no puede negarse que lo que le da carácter propio, lo que la distingue de las producciones de los más inspirados poetas de la generación a que pertenece, es la tendencia al simbolismo filosófico, es su preocupación por los temas de trascendencia social. El poeta se presenta como heraldo de la justicia, de la libertad, del derecho, y confía en que estos ideales imperarán en el mundo, a medida que el género humano se purifique de la vieja escoria de heredados errores, y como término de dolorosa peregrinación, escale las cimas de la verdad y del bien. El poeta da pruebas de un idealismo generoso, pero vago porque no se apoya en la base de una convicción religiosa definida. Grande es el poder civilizador de la ciencia, mas ella sola no bastará para la redención moral de los hombres. Entre el grupo de poesías filosóficas hay dos que me parecen destacarse sobre ellas: *El Cáliz*, en que al describir la agonía de Cristo en el huerto, ensalza el poeta la eficacia purificante e infinita del dolor; esta página breve pero de grande intensidad de pensamiento no sería indigna de figurar en *Las Contemplaciones*. La otra pieza es la extensa meditación titulada *La Abadía de Westminster*, en que predomina una vigorosa inspiración sociológica. La primera parte, en que se describe el venerable monumento gótico, panteón de las glorias inglesas, es, como ejecución, lo más perfecto quizá que ha escrito el poeta. Y el resto, en que expone la teoría darwiniana de la selección y la aplicación que de ella ha hecho el imperialismo británico, a fin de dominar a los pueblos débiles e inadaptados, es un esfuerzo generoso para dar a una exposición doctrinal el vuelo libre, el carácter imaginativo de la poesía lírica. Casi siempre triunfa; y si hay una u otra frase menos feliz, debe reconocerse que Torres no ha tenido las caídas de otros poetas americanos, algunos tan ilustres como Manuel Acuña y Olegario Andrade, quienes humillaron la entonación de algunos de sus cantos con frases del vocabulario prosaico del periodismo político.

LA ABADIA DE WESTMINSTER

I

En Londres, una tarde cruzaba por la vía
que ciñe el ancho Támesis; la histórica Abadía
alzaba ante mis ojos sus pardos torreones
ornados de ojivales ventanas y florones;
perdido entre las brumas, yo, peregrino exótico,
miraba con asombro el monumento gótico,
que incólume, venciendo del tiempo las injurias,
en páginas de piedra, registra las centurias,
y en mármoles de tumbas a las edades traza
las glorias y los nombres excelsos de una raza.

Y entré, huyendo las ráfagas del inclemente Norte,
al Panteón augusto de la britana corte,
prodigio arquitectónico en que a la mente asedia
la evocación sombría que inspira la Edad Media,
cuando el artista ascético y el rudo monje austero
en piedra transfundía su espíritu severo,
elación fervorosa del arte a lo infinito,
ensueño adusto y triste que eternizó el granito.

Yo, vástago infelice de raza que declina,
gloriosa, mas vencida, noble raza latina,
hollaba lentamente los colosales atrios,
pesando en mi memoria los infortunios patrios;
lloraba, de la inmensa metrópoli en presencia,
de mi latina stirpe la infausta decadencia,
delante aquella fuerza sintiendo cuán menguado
es el destino oscuro que nos reserva el Hado;
y así, con la tristeza fatal e irremediable
del vástago de reyes, hoy siervo miserable,
entré en el monumento que al Tiempo audaz pregona
la fuerza y el orgullo de la raza sajona.

A solas recorría con paso grave y tardo
los claustros y las naves que alzó el primer Eduardo:
allí de reyes y héroes el postrimer asilo,
¡cuán mudo, cuán sombrío, cuán triste y cuán tranquilo!
La luz se filtra apenas por vidrios de colores,
y a los solemnes sonos, lentos, evocadores,
del órgano, reviven los tiempos medioevales
en que alzó la fe ignara las vastas catedrales.
Allí los reyes yacen en túmulos augustos
que ostentan sus estatuas en arreos adustos:
el blasonado escudo al brazo y en la diestra

la espada, como prestos a entrar en la palestra.
Ora efigies de vírgenes, de pálidas extáticas,
flores de un sueño triste, misteriosas, hieráticas;
ora estatuas yacentes de reinas ya difuntas
ha siglos, sobre el pecho las blancas manos juntas,
en los marmóreos tálamos las formas extendidas
donde grabó un artista la historia de sus vidas,
ornada con diademas de piedra la cabeza,
soñando el sueño eterno de amor y de belleza!
La altiva Catarina, la cándida Eleonora,
la virgen de Occidente, soberbia y triunfadora,
y faz a faz su víctima, la inspiración del bardo,
la amante, la cantada, la incomparable Estuardo,
hermosa aun en sus faltas, amada con delirio,
deidad que el amor hizo, que consagró el martirio
y pasa por la historia como una Silfa blanca
que lágrimas y cantos al universo arranca!

O ya de una columna sentado sobre el plinto,
mis ojos abarcaban de Enrique el gran recinto:
allí, sobre arquitrabes, en haces delicadas
levantan su ramaje de piedra las arcadas;
y abajo, en pedestales redondos, y en sillares
cubiertos de inscripciones y cifras tumulares,
se ve una luenga fila de estatuas, silenciosas,
inmóviles y blancas.

En torno de las losas
discurren por los ámbitos sin luz de aquel proscenio
espectros de las almas que en vida alumbró el genio,
esclarecida pléyade que al universo asombra...
En ese vasto osario de reyes, la hosca sombra
de Cromwell, el reposo postrero en vano ansía,
divaga, inquieta y trágica: ¡su tumba está vacía!
De Nelson y de Wellington la poderosa fama
allí su culto al mármol y al pórfido reclama;
marinos que los mástiles del brumoso archipiélago
llevaron prepotentes por el ignoto piélago
clavando el pendón patrio, triunfante, altivo y solo
del Niágara hasta el Ganges, de un polo al otro polo;
guerreros que en los campos de entrambos hemisferios
los pueblos subyugaron, hundieron los imperios;
excelsos magistrados que en bárbaras regiones
fundaron ricas, libres y prósperas naciones;
los que de la distancia soberbia triunfadora
lanzaron a los rieles la audaz locomotora,
o el túnel excavaron, o en la ciudad flotante
las hondas humillaron del proceloso Atlante,
o ya centuplicando las fuerzas de Natura,
la máquina crearon que el bienestar augura,

y a todos los que abrieron al mundo nueva senda
les rinde allí orgullosa Albión la última ofrenda.

Del pensamiento humano sobre la gran pirámide,
solo en el alto vértice, ceñido con la clámide
que cumple a héroes y Césares y próceres y atletas,
está el divino Shakespeare, el rey de los poetas;
en pos Milton, austero repúblico proscrito,
los ojos cierra al mundo y explora el infinito.
En torno, y ya sellados los elocuentes labios,
tribunos, pensadores, políticos y sabios:
los claros defensores de la razón humana,
aquél de cuyos labios la redención emana
de pueblos oprimidos, los que en labor eterna
fundaron en sus libros la libertad moderna;
el redentor de Irlanda, el noble anciano, el grande,
y Canning, que parece vivir y el fuego expande
que generoso ardiera en vida en ese pecho
en donde halló incansable paladín el derecho;
los que en brillantes páginas, de espléndido atavío
la rigidez ornaron de la severa Clío.

En su última morada los grandes oradores
callan ya; de los lagos los graves soñadores
ostentan en su frente la calma y la tristeza
que da, a quienes le entregan su amor, Naturaleza;
y luego los filósofos que en obras inmortales
la planta recogieron del surco que abrió Thales,
se agrupan, de dos cimas en torno, que mi verso
juntas menciona y juntas admira el Universo,
y aquí acerca y reúne la ciencia agradecida:
¡los dos exploradores del mundo y de la vida!
Es el primero Newton, cuya mirada absorbe
el hondo pensamiento que halló la ley del Orbe;
y al lado suyo —hermanos que al través de los siglos,
del dios Error vencieron los fúnebres vestiglos—,
severa la alta frente, cabello hirsuto y luengo,
aquél que audaz rastrea del hombre el abolengo
en las tinieblas densas e gnotas soledades
del mundo primitivo, y en prístinas edades
sorprende de los gérmenes el despertar oscuro
y el ideal edénico señala en el futuro:
¡el rudo apóstol, Darwin, cuyo sistema encierra
el símbolo supremo y el lema de Inglaterra!

II

¡Oh Darwin! tu doctrina y tu ideal resumen
del pueblo inglés la historia, y la misión y el numen.
¡Cómo a la mente explican tus formidables leyes

la fuerza de sus genios, sus héroes y sus reyes!
¡Y cuál confluye en torno de tu severo túmulo
cuanto Westminster guarda en orgulloso cúmulo
de glorias de un gran pueblo que graba día a día,
cual lema de sus armas, la fórmula: *Energía*;
del pueblo que en su lucha tenaz por la existencia,
domando el medio adverso, triunfó en la *concurrència*
vital, y cual más fuerte y cual mejor dotado
extiende por doquiera su yugo incontrastado
y a su carro de guerra, de triunfador a fuero,
uncir como cautivo pretende al mundo entero!

¡La lucha por la vida! ¡Del fuerte el predominio,
fatal, inexorable! ¡Doquiera el *exterminio*
de especies inferiores! ¡En el perpetuo asedio
de infausta lid, el débil sucumbe sin remedio,
y en *selección* continua, tan sólo sobrevive
aquel que de Natura mayor poder recibe,
para que, eliminado lo mórbido, selecta
la humanidad avance cada vez más perfecta,
y los despojos míseros dejando en su camino,
sobre la tierra cumpla su espléndido destino!...

¡Imperio de la fuerza! Deidad terrible y ciega
que víctimas innúmeras con su guadaña siega
y de vencidos pálidos el circo inmenso cubre.
como de mustias hojas los campos el octubre.
Y el fuerte, el *super-hombre*, desdeña altivo y fiero
el mísero rebaño que marcha al matadero
para que él viva, y goce y expanda la opulencia
de sus vitales bríos, la intensa florescencia
de sus deseos múltiples... A su poder tremendo
los seres inferiores irán desapareciendo...
¿Qué importa? ¿qué el Derecho? ¿qué el Bien? ¿qué la
¡Palabras sin sentido de la humana estulticia! [Justicia?
¡Palabras sin sentido de la humana estulticia!
¡Las víctimas parezcan para que el pueblo atleta
goce de vida intensa, magnífica y completa!
¡Horror de los horrores!...

Los tristes y abatidos
exhalan en sus antros el ¡ay! de los vencidos
y escuchan como un trueno que pavoroso estalla,
esta voz, ronco grito de la eternal batalla
que en todos los lugares y con distintos nombres
empeñan en la tierra las razas y los hombres:
¡Sé fuerte! o condenado serás a innoble muerte.
Y por doquier resuena el áspero ¡Sé fuerte!

¡Imperio de la fuerza! ¡El ideal del vate
inglés, de Rudyard Kipling, que en cantos de combate

la inspiración suprema de su patria interpreta
y es hoy de los sajones el bardo y el profeta;
de Kipling, cuya musa sin piedad atestigua
cuál revive Inglaterra al Dios de Roma antigua,
cómo los nuevos Césares el legionario inulto
a los confines llevan recónditos, y el culto
erigen de sus dioses, sus leyes y sus lares
en las enhiestas cumbres y en los ignotos mares,
sin que el chino, ni el ruso, ni el indio, ni el bravío
boer un dique pongan al impetuoso río!

¡Oh pueblo inglés! De Westminster vagando en el silencio,
tu espíritu me abrumba, tu genio reverencio;
mas de prodigios tantos en presencia y de tanto
vigor ¡oh raza fuerte! turbado, siento espanto;
las seculares naves del Panteón me oprimen
y en mi pecho las víctimas de tus hazañas gimen;
tu lema de exterminio al débil, de conquista
y explotación, me indigna, mi corazón contrista;
páreceme un rugido de pavorosa insania
tu grito de entusiasmo, tu altivo *Rule, Britannia!*...
¡Y mi alma desfallece en este regio claustro,
cual planta que ha agostado abrasador el austro!...
Si el vuelo de tus águilas el Universo doma,
como en antiguos tiempos la omnipotente Roma,
¿qué das a los vencidos? Si cual turbión deshecho
hoy al Trasvaal arrollas... ¡oh Albión! ¿do está el Derecho?
La historia justiciera, por siglos te demanda
la libertad, la sangre de la infeliz Irlanda,
Si el éxito es Dios único, si es fuerza que perezcan
los más para que algunos fortunados florezcan;
si savia da a tus venas del débil la desgracia,
¿qué ofreces a los pueblos que subyugó tu audacia?

Entonces parecióme que aquella muda fila
de estatuas me miraba con expresión tranquila,
y —presa de un delirio tal vez— escuché entonces
que voz solemne y grave brotaba de esos bronces
y mármoles helados, cual ya en la ardiente Libia
Memnón cantaba al beso de la alborada tibia:
“Por sobre los despojos de un pueblo ayer vencido,
fundamos pueblos libres; del paria envilecido
hacemos hoy un hombre; del siervo un ciudadano,
pues somos los obreros del progreso; la mano
potente que abatiendo las selvas seculares
enciende en los desiertos la luz de los hogares.
¿Qué importa que en conquistas Albión sus rayos vibre?
De ese rayo ha salido el hombre fuerte y libre,
soberano inviolable de su hogar, de su mente;

de cuanto crea y piensa, de cuanto adora y siente.
¡Si hoy esgrime la espada Albión, funda mañana
sobre rocas de esclavos la *Dignidad Humana!*"

Calló la voz; mi espíritu fue entonces penetrando
todo el valor simbólico del templo venerando;
sentí el pecho, oprimido enantes, ensancharse;
y el alma por los ámbitos volar y dilatarse.
Al verme de la inmensa metrópoli en presencia,
no lloré de mi estirpe la infausta decadencia,
y, vástago infelice de raza que declina,
saludé al sol glorioso que hacia el cenit camina,
y la fuerza bendije que a un pueblo grande trajo
la libertad, en siglos de lucha y de trabajo.

La libertad, ¡oh hermanos latinos! claro lema
de nuestro esfuerzo heroico; la aspiración suprema
que los pueblos despierta de su letal marasmo
y enciende en los espíritus el férvido entusiasmo.
Al lado de las razas que el trabajo hizo grandes
alcémonos, hermanos, más altos que los Andes;
no los dejemos solos en la grande obra humana:
también somos obreros de estirpe soberana;
si ellos encima vienen con ímpetu de aludes,
¡para afrontar su impulso, tengamos sus virtudes!
Y un día, del progreso en la eternal palestra,
como en mejores tiempos, su fuerza será nuestra,
que en lucha con los bárbaros, para obtener la palma,
tuvieron los latinos más corazón, más alma!

A ELENA

(De Edgar Allan Poe)

Te ví un punto.
Era una noche de julio, noche tibia y perfumada,
noche diáfana.

De la luna plena y límpida,
límpida como tu alma
descendían
sobre el parque adormecido gráciles velos de plata.

Ni una ráfaga
el infinito silencio
y la quietud perturbaban
en el parque...

Evaporaban las rosas los perfumes de sus alas
para que los recogieras
en aquella noche mágica;
para que tú los gozases su último aliento exhalaban
como en una muerte dulce,
como en una muerte lánguida,
y era una selva
encantada,
y era una noche divina
llena de místicos sueños y claridades fantásticas.

Toda de blanco vestida,
toda blanca,
sobre un ramo de violetas
reclinada
te veía
y a las rosas moribundas y a tí, una luz tenue y diáfana
muy suavemente
alumbraba,
luz de perla diluída
en un éter de suspiros y de evaporadas lágrimas.

Qué hado extraño
(¿fue ventura? ¿fue desgracia?)
me condujo
aquella noche hasta el parque de las rosas que exhalaban
los suspiros perfumados
de sus almas?

Ni una hoja
susurraba;
no se oía
una pisada;
todo mudo,
todo en sueños
menos tú y yo (¡Cuál me agito al unir las dos palabras!)
Menos tú y yo... De repente
todo cambia.
¡Oh, el parque de los misterios! ¡Oh la región encantada!
Todo, todo,
todo cambia.
De la luna la luz límpida,
la luz de perla se apaga.

El perfume de las rosas
muere en las dormidas auras.
Los senderos se oscurecen.
Expiran las violas castas.
Menos tú y yo, todo huye,

todo muere,
todo pasa...
Todo se apaga y se extingue
menos tus hondas miradas.
¡Tus dos ojos donde arde
tu alma!
Y sólo veo entre sombras aquellos ojos brillantes,
¡oh mi amada!

¡Qué tristezas irreales,
qué tristezas extrahumanas!
La luz tibia de esos ojos
leyendas de amor relata.
¡Qué misteriosos dolores,
qué sublimes esperanzas,
qué mudas renunciaciones
expresan aquellos ojos
que en la sombra fijan en mí su mirada!

Noche oscura.
Ya Diana
entre turbios nubarrones, lentamente,
hundió la faz plateada.
Y tú sola
en medio de la avenida funeraria
te deslizas
irreal, mística y blanca,
te deslizas y te alejas incorpórea
cual fantasma...
Solo flotan
tus miradas.
Sólo tus ojos perennes,
tus ojos de honda mirada
fijos quedan
en mi alma!

A través de los espacios y los tiempos
marcan, marcan
mi sendero y no me dejan, no me dejan
cual me dejó la esperanza...
Van siguiéndome, siguiéndome
como dos estrellas cándidas;
cual fijas estrellas dobles
en los cielos apareadas
en la noche solitaria.

Ellos solos purifican mi alma toda con sus rayos
y mi corazón abrasan.
y me prosterno ante ellos

con adoración extática,
y en el día
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza...

Por todas partes me siguen mirándome fijamente
con sus místicas miradas...

Misteriosas, divinales
me persiguen sus miradas
como dos estrellas fijas, como dos estrellas tristes,
como dos estrellas blancas!

LAS ESTATUAS YACENTES

En la gótica nave y en el claustro
que erigió la Edad Media,
las estatuas yacentes
reposan en sus tálamos de piedra.

Nada turba el silencio del recinto
y las hermosas reinas
tranquilamente duermen
en sus mantos de mármoles envueltas.

Brunequilda, Eleonora, Fredegunda,
Violante, Blanca, Elsa;
cómo habláis a mi espíritu
del claustro en el silencio y la tristeza!

¿Es ilusión? El viento duerme; empero,
en las naves desiertas
se oyen vagos murmullos,
tenues suspiros, misteriosas quejas,

Visiones por las losas se deslizan
vagarosas, inquietas.
¿Son tus sueños, oh alma?
¿Son vuestras almas soñadoras reinas?

¡Oh hermosas! ¿El amor de vuestros pechos
y la ambición sangrienta
agitan todavía
el sueño de que nunca se despiertan?

¡Oh trágicas amantes coronadas!
¡Qué agitada leyenda
fue vuestra vida, y cómo
marca en el alma su encendida huella!...

¡A quién como vosotras fuera dado
de pasiones excelsas
colmar el hondo anhelo
y dormir luégo el sueño de la piedra!

LOS DOS MISTERIOS

Siendo muy niño, en el materno seno,
el corazón inerte,
lloré y me estremecí de terror lleno
pensando en el misterio de la muerte.

Hoy por la pena el corazón deshecho,
la lucha ya emprendida,
¡pudiera yo llorar, madre, en tu pecho,
por el triste misterio de la vida!

EL DORADO

(De Edgar Allan Poe)

Un gallardo caballero,
valiente como un cruzado,
alegre, joven y fiero,
por un áspero sendero
marcha en busca de *El Dorado*.

Ya está ahora jadeante,
siente el corazón pesado,
y aunque prosigue adelante
el férvido caminante
no encuentra nunca *El Dorado*.

La fuerza le ha abandonado;
cae al fin y alcanza a ver
fúnebre sombra a su lado;
—Sombra —le dice al caer—
¿en dónde se halla *El Dorado*?

En un astro muy distante
se encuentra el valle encantado
del Ensueño, caminante...
Llega a esa estrella radiante
si estás buscando *El Dorado*.